

Magí Castelltort Claramunt
Ministerio de Industria, Comercio y Turismo

Correo: magi.castelltort@tourspain.es

De la Guerra Fría a la crisis identitaria: la OTAN frente al aislacionismo, el imperialismo y la multipolaridad

*From the Cold War to the identity
crisis: NATO in the face of isolationism,
imperialism and multipolarity*

Resumen

En el 75.º aniversario de su fundación, el papel de la OTAN en un escenario geopolítico posmoderno se caracteriza por la fragmentación normativa, la desmilitarización social y la crisis identitaria occidental. En concreto, existen tres desafíos estratégicos: el repliegue estadounidense hacia un «neoislacionismo» sustentado en su autonomía energética y prioridades internas; el «neoimperialismo» ruso como proyecto posmoderno de recuperación de esferas de influencia sin ocupación territorial; y la multipolaridad como relato que debilita la hegemonía estructural de EE. UU. Ante este triple reto, la OTAN debería transformarse en una plataforma de resiliencia democrática y ser entendida como garante indirecto del estado de bienestar occidental, al permitir repartir el esfuerzo defensivo entre sus miembros y liberar recursos para inversión social, reforzando así la legitimidad democrática de la seguridad colectiva en el siglo XXI.

Palabras clave

OTAN, Estados Unidos, Neo-aislacionismo, Rusia, Multipolaridad.

Abstract

On the 75th anniversary of its founding, NATO's role in a postmodern geopolitical landscape is marked by normative fragmentation, social demilitarization, and a Western identity crisis. Specifically, there are three strategic challenges: the U.S. withdrawal toward a "neo-isolationism" based on its energy autonomy and domestic priorities; Russian "neo-imperialism" as a postmodern project to recover spheres of influence without territorial occupation; and multipolarity as a narrative that weakens U.S. structural hegemony. In the face of this triple challenge, NATO should transform into a platform for democratic resilience and be understood as an indirect guarantor of the Western welfare state, by enabling the sharing of defense efforts among its members and freeing up resources for social investment, thus reinforcing the democratic legitimacy of collective security in the 21st century.

Keywords

NATO, United States, Neo-isolationism, Russia, Multipolarity

Citar este artículo:

Castelltort Claramunt, M. (2025). «De la Guerra Fría a la crisis identitaria: la OTAN frente al aislacionismo, el imperialismo y la multipolaridad». Revista del Instituto Español de Estudios Estratégicos, n.º 25, pp. 15-42.

“No security arrangement for Europe can be effective unless the free European governments and peoples are prepared to pool their resources and to resist by every means at their disposal, including armed force”

Director de la Oficina de Asuntos Europeos (Hickerson) al secretario de Estado

8 de marzo de 1948

I Introducción

El 75º aniversario de la OTAN no es únicamente una efeméride histórica; constituye una oportunidad clave para reflexionar sobre el papel que la Alianza ha desempeñado en la configuración del orden internacional y los retos que afronta en un contexto geopolítico cada vez más desafiante. Surgida en plena Guerra Fría, bajo la sombra del bloqueo de Berlín y la amenaza nuclear soviética, la Alianza Atlántica fue concebida como una coalición político-militar anclada en una visión moderna del mundo: un orden bipolar, estructurado en torno a bloques ideológicos, donde los valores democráticos, el respeto a la soberanía y la contención mutua constituían los pilares del sistema internacional. En ese marco, la OTAN no era solo un mecanismo de defensa colectiva, sino también un club de democracias liberales comprometido con la protección del orden occidental frente al totalitarismo comunista¹.

En el contexto actual, sin embargo, la OTAN opera en un entorno «posmoderno», caracterizado por la fragmentación de los marcos normativos e identitarios que definieron el siglo XX (Bauman, 2005), particularmente tras su expansión hacia Europa Oriental mediante la incorporación de Estados postsoviéticos con diversos grados de consolidación democrática.

La «posmodernidad», como fenómeno cultural y epistemológico, se concibe, según Lyotard (1979) como «la incredulidad ante los metarrelatos» que anteriormente dotaban de coherencia y legitimidad al orden internacional, una transformación impulsada por el propio avance científico-técnico pero que simultáneamente ha provocado una crisis en los mecanismos tradicionales de legitimación política e institucional (Lyotard, 1979). Esta transformación sistémica ha generado una modificación estructural en los parámetros de cohesión interna, manifestada en: (1) cuestionamiento de la reglamentación internacional post-Guerra Fría, (2) incremento de tendencias nacionalistas, y (3) procesos de «desmilitarización» en determinados contextos occidentales². La obsolescencia de los

¹ Y percibida como una creación temporal, a diferencia de la UE, como afirmó el general de Gaulle «*Le traité d'Union constitue un engagement permanent et définitif des six États, tandis que l'OTAN est un organisme circonstanciel, né de la menace soviétique et appelé à disparaître un jour*» Peyrefitte A. (1994). C'était de Gaulle. Vol. I. De Fallois/Fayard.

² En el caso de España, este fenómeno se puede explicar mediante dos encuestas: según una internacional de Gallup International/Sigma Dos (noviembre de 2023), solo el 29 % de los españoles

grandes relatos legitimadores corresponde, como señala Lyotard, a una crisis de la filosofía metafísica y de las instituciones que dependían de ella, lo que en el ámbito de relaciones internacionales se traduce en una disminución en los índices de confianza institucional y una creciente divergencia en prioridades estratégicas entre los Estados miembros (Nye, 2011).

Las tendencias nacionalistas presentes en actores clave adoptan manifestaciones específicas. En Estados Unidos se identifica una orientación hacia lo que podría denominarse «neoisolacionismo», caracterizado por políticas de selectividad estratégica (Posen, 2014) y un enfoque pragmático y transaccional respecto a los compromisos multilaterales tradicionales. Este reposicionamiento, determinado por factores estructurales como la autosuficiencia energética y presiones fiscales internas, modifica sustancialmente la función de Washington como proveedor principal de seguridad en el espacio euroatlántico, generando desequilibrios en la distribución de responsabilidades dentro de la estructura aliada.

Por su parte, en Moscú, el nacionalismo parece manifestarse en forma de «neoimperialismo». El comportamiento de la Federación Rusa exhibe un patrón revisionista sistemático respecto al orden internacional consolidado tras 1991. Lejos de buscar una restauración territorial clásica, el revisionismo geopolítico ruso pretende consolidar una esfera de influencia normativa, energética y militar, a menudo mediante herramientas híbridas. Sus intervenciones militares en espacios postsoviéticos y Oriente Próximo configuran una estrategia multidimensional orientada a la recuperación de esferas de influencia. Este posicionamiento incorpora elementos del paradigma posmoderno mediante la relativización de principios normativos y la fragmentación de narrativas hegemónicas, creando un entorno de ambigüedad estratégica que dificulta la cohesión de respuesta por parte de la OTAN.

Así, la posmodernidad y su crisis identitaria, el repliegue estadounidense y el revisionismo ruso delimitan un entorno estratégico complejo, caracterizado por la coexistencia de presiones centrífugas internas y amenazas externas. Con el objetivo de delimitar analíticamente este escenario, el presente artículo plantea las siguientes preguntas orientadoras:

1. ¿Cómo afecta la posmodernidad, entendida como crisis de referentes normativos e identitarios, a la legitimidad interna de la OTAN como alianza político-militar multilateral?
2. ¿Hasta qué punto el repliegue estratégico de Estados Unidos podría explicarse como un fenómeno estructural, más allá de contingencias asociadas a la nueva administración Trump?

estaría dispuesto a luchar por su país en caso de guerra, mientras que el 53 % no lo haría (<https://www.sigmados.com/uno-de-cada-dos-espanoles-no-esta-dispuesto-a-luchar-por-su-pais/>). Sin embargo, las Fuerzas Armadas gozan de un alto reconocimiento social y son reiteradamente la institución mejor valorada en nuestro país, con una puntuación media de 6,8 sobre 10. Por ejemplo, Barómetro del CIS de mayo de 2025 (véase: <https://www.cis.es>)

3. ¿Constituye el revisionismo geopolítico ruso una amenaza sistémica o se trata de una estrategia reactiva limitada por factores internos?
4. ¿La multipolaridad emergente refleja un cambio estructural en la distribución global del poder o responde a una narrativa posmoderna que desdibuja una hegemonía estadounidense persistente?

Para responder a estas cuestiones, se adoptará una metodología cualitativa de enfoque interpretativo basada en el análisis documental crítico, el estudio de discursos estratégicos y el contraste con indicadores empíricos. El objetivo no es ofrecer un diagnóstico definitivo, sino contribuir a la comprensión de los procesos que están redefiniendo el papel de la OTAN en un orden internacional cada vez más incierto.

El artículo se apoyará en una combinación de técnicas: por un lado, el estudio de discurso geopolítico centrado en las narrativas públicas de líderes, diplomáticos y doctrinas estratégicas de Estados Unidos, Rusia y la OTAN; por otro, un análisis contextual comparado que relacione dichos discursos con indicadores materiales, con el fin de evaluar la coherencia entre los relatos estratégicos y las capacidades reales.

La selección de fuentes documentales se estructurará en cinco categorías:

1. Documentación oficial e institucional: informes de organismos multilaterales y agencias gubernamentales que proporcionan datos verificados sobre capacidades militares, marcos estratégicos y evolución presupuestaria.
2. Fuentes político-diplomáticas: declaraciones públicas, memorias y publicaciones de responsables de alto nivel en política exterior y defensa –tanto estadounidenses como rusos– cuya participación directa en decisiones clave les otorga un valor empírico singular para interpretar la configuración del escenario geopolítico contemporáneo.
3. Literatura académica especializada: obras y artículos de referencia en relaciones internacionales, estudios estratégicos, sociología política y polemología, que permitan contextualizar las dinámicas actuales.
4. Análisis sectorial actualizado: estudios recientes que contribuyan a actualizar la posición estratégica de la OTAN y de sus principales actores.
5. Indicadores empíricos y bases de datos que permitan contrastar el discurso geopolítico con la realidad estructural.

Dado que el objeto del presente estudio es la OTAN, el análisis se centrará deliberadamente en la esfera euroatlántica. Aunque se harán referencias puntuales al papel de China en la narrativa multipolar, el enfoque se mantendrá dentro del ámbito de acción directa de la Alianza con el fin de evitar una dispersión temática que diluya la profundidad del análisis.

Con este andamiaje, el estudio se propone examinar cómo la posmodernidad estaría alterando los fundamentos normativos y funcionales de la Alianza, lo que se abordará en los apartados siguientes.

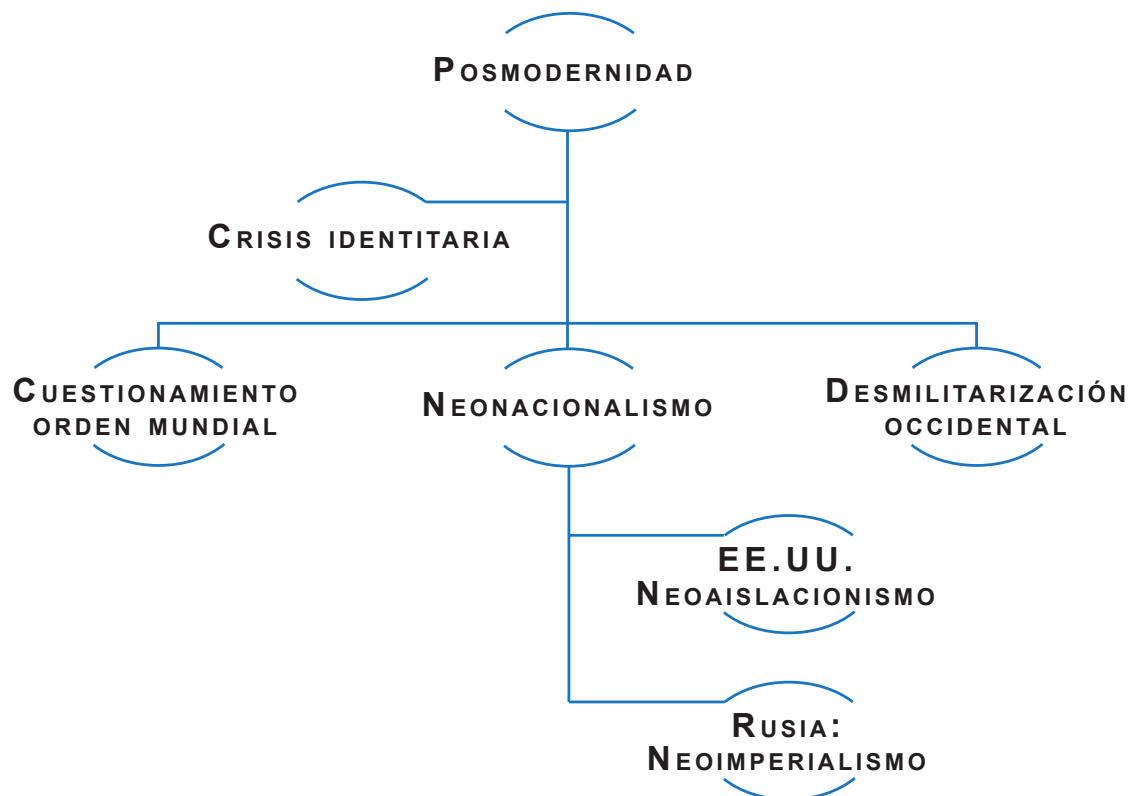


Gráfico 1. Posmodernidad y geopolítica. Fuente: elaboración propia

2 La OTAN ante la posmodernidad: de bastión democrático a crisis identitaria

La OTAN fue creada para proteger al sistema democrático-capitalista occidental frente a la amenaza comunista. Como explicó el presidente Truman (1956):

«El Plan Marshall había aportado cierto alivio, pero la constante amenaza de medidas soviéticas impredecibles dio lugar a una atmósfera de inseguridad y miedo entre los pueblos de Europa occidental. [...]. Solo un sistema de seguridad incluso podría disipar estos temores».

Es decir, la OTAN debía jugar un papel de garante económico en países amenazados por la URSS para afianzar las inversiones y su recuperación *postbellum*. Fue la época del *Wirtschaftswunder* alemán o de *les Trente Glorieuses* francesas, marcadas por una confianza colectiva en el sistema, que motivaba a la ciudadanía a defenderlo.

Durante la Guerra Fría, Occidente claramente se posicionó como defensor de la libertad y la democracia frente al totalitarismo comunista, en un contexto histórico marcado por el optimismo *postbellum* de la recuperación económica en el que la Alianza, como previó Truman, aportó la estabilidad institucional necesaria. Como destacó Jervis (2010), académico y asesor de la CIA, «la Guerra Fría no fue meramente una contienda bilateral; fue una lucha global en la que las identidades de las superpotencias desempeñaron un papel crucial en la configuración de alianzas».

Sin embargo, las crisis petroleras de los años 1970 y las sucesivas olas desindustrializadoras por la globalización parecen haber acabado formando, en Occidente, una «posmodernidad

decepcionada», según Lassalle (2017), con una clase proletaria para la que «el voto reviste un carácter contrariado en el que el rencor aflora como una especie de catarsis vengativa por no haber logrado alcanzar las expectativas a las que se creía con derecho». Las instituciones occidentales se ven sometidas al examen crítico de sus fundamentos, lo que favorece a sus detractores externos.

Este «deconstructivismo» ya no sería puramente filosófico sino real, y estaría socavando los propios cimientos del orden mundial actual. Por este motivo, el populismo posmoderno que parece carcomer las democracias occidentales estaría creando un nuevo escenario para el que la OTAN no parece estar preparada. Con la fragmentación geopolítica actual, la decepción posmoderna parece quebrantar la convicción de los ciudadanos en las bondades del sistema, lo que desarma moralmente a las democracias atlantistas en los enfrentamientos ideológicos.

Como destaca el coronel Pardo de Santayana (2021), «la pregunta sobre si los valores occidentales son universales es ahora una cuestión geopolítica. Las ideas y las creencias son de nuevo parte del campo de batalla». Tanto Rusia como China han impulsado, a su manera, un movimiento «desoccidentalizador» que pretende aglutinar a países no alineados con EE. UU., la denominada mayoría mundial (глобальное большинство, *globalnoye bolshinstvo*), fenómeno que coincide a su vez con una profunda crisis identitaria occidental.

Además, la ampliación de la OTAN hacia el este no ha logrado consolidarla como un verdadero club de democracias. Ciertamente, los nuevos miembros de Europa oriental viven un ciclo anímico distinto, algo más optimista gracias a que, precisamente por su reciente «reoccidentalización», están experimentando una mejora de sus condiciones de vida. Por ejemplo, en los últimos veinte años, los índices de desarrollo humano (IDH) de Polonia y Rumania, miembros de la OTAN y la UE y antiguos integrantes del Pacto de Varsovia, han registrado mayores avances que los de Serbia y Bielorrusia, exmiembros del bloque del Este también pero actualmente próximos a Moscú³. De entre los Estados OTAN, únicamente Albania (0,789) y Macedonia del Norte (0,764) registraron un índice de desarrollo humano (IDH) inferior al de Serbia (0,807) y Bielorrusia (0,797) en 2022⁴. Por tanto, tal y como previó el presidente Truman, la integración militar y económica europea ha generado beneficios sociales tangibles.

Sin embargo, esta «reoccidentalización» no ha ido necesariamente acompañada de una mayor democratización de los nuevos aliados ni de un mayor respeto a las normas, aspecto clave en un orden liberal basado en ellas y que la OTAN está llamada a preservar. A modo ilustrativo, la evolución del índice del World Justice Project (WJP) revela marcadas

3 Polonia ha liderado con un aumento de su IDH de 0,855 en 2003 a 0,910 en 2022. Rumania ha seguido de cerca, mejorando de 0,785 a 0,842. Tanto Bielorrusia como Serbia han experimentado incrementos algo inferiores, pasando de 0,740 a 0,797 y de 0,750 a 0,807, respectivamente. Fuente: hdr.undp.org/en/reports.

4 Últimos datos disponibles. A efectos orientativos, Serbia, con 6,7 millones de habitantes, genera un PIB de 65 mil millones de euros, mientras que la Comunidad Valenciana, con 5 millones de habitantes, produce un PIB de 130 mil millones, más del doble.

diferencias entre los atlantistas de Europa occidental y oriental. Los primeros, como Dinamarca (1.^a), Noruega (2.^a), Finlandia (3.^a) y Suecia (4.^a), lideran los primeros puestos, con sistemas de justicia robustos y una fuerte protección de los derechos fundamentales. En Europa oriental, en cambio, Polonia (31.^a), y Hungría (73.^a) registran declives en independencia judicial y derechos fundamentales debido a reformas controvertidas. Turquía (117.^a) es el Estado miembro con la peor puntuación⁵. En este sentido, las recientes incorporaciones de Suecia y Finlandia podrían suponer una inflexión en el relativismo democrático que parecía impregnar la Alianza en las últimas décadas.

La OTAN, pese al claro liderazgo estadounidense, se trata de una organización basada en el consenso de sus integrantes, donde los valores comunes juegan un papel fundamental. Este modelo de funcionamiento afronta crecientes dificultades en un contexto de fragmentación identitaria y diferencias en la adhesión a los valores democráticos entre sus miembros. Como alertó la exministra estadounidense Albright (2020): «una OTAN cuya aceptación de la democracia esté en duda tendría mucho menos derecho a la aprobación pública que la que ha disfrutado en el pasado». Este riesgo se agrava en un entorno donde la neo Guerra Fría actual se libra en un contexto de ideologías más borrosas. Aunque Moscú insiste en definirse como antioccidental, lo cierto es que su conservadurismo, especialmente su cristianismo ortodoxo, lo aproxima identitariamente a sectores de EE. UU., en particular al trumpismo de base evangélica⁶. De hecho, solamente un 58 % de los republicanos estadounidenses percibe a Rusia como un enemigo, frente a un 67 % de los demócratas⁷.

Finalmente, la posmodernidad contemporánea parece propiciar también una «desmilitarización», fruto del rechazo de las sociedades, sobre todo las democráticas, a la guerra y a la injerencia exterior, lo que dificulta las misiones militares de la OTAN. Una comparativa entre la guerra de Corea (1950-1953) y la de Afganistán (2001-2021) permite ilustrar esta evolución. La primera representaría un enfoque «moderno», una contienda entre Estados con un incuestionable apoyo popular, como demostró el regreso del General McArthur a Nueva York pese a haber sido destituido por Truman. En su apogeo, más de 325 000 soldados estadounidenses estuvieron estacionados en la península asiática, de los que actualmente, siete décadas más tarde, se mantienen todavía casi 29 000 en una república que se ha consolidado como bastión democrático-capitalista en Asia.

Por contra, la misión internacional en Afganistán ejemplificaría un contexto «posmoderno», con una coalición más numerosa liderada por la OTAN, que luchó contra un entramado terrorista complejo y difuso. La presión ciudadana, especialmente a través de las redes sociales y la prensa, obligó a los contendientes a formular objetivos

⁵ Véase: World Justice Project (2024). Disponible en: <https://worldjusticeproject.org/rule-of-law-index/global>. Consulta: 11 de mayo de 2025.

⁶ Según Karaganov (2025), exasesor del Kremlin, «Dios y, por tanto, la fe en el destino superior del hombre, debería convertirse en parte del sueño-idea ruso, incluso si alguien no cree en Él» en lo que parece un símil del estadounidense «*In God we trust*»

⁷ Véase: Pew Research Center. (2024). *Partisan Divisions Over NATO and Ukraine*. Disponible en: <https://www.pewresearch.org>

y narrativas extremadamente vagos, contraviniendo a veces la estricta lógica militar. Además, para evitar víctimas civiles y abusos de poder, las reglas de combate fueron muy restrictivas, redactadas por jurisperitos más que por militares, lo que habría desmoralizado a las tropas desplegadas y dificultado el éxito de la misión. Como recuerda en sus memorias el general McMaster (2024), exjefe de gabinete del presidente Trump: [El personal de la embajada estadounidense en Afganistán] «lamentaba la falta de autoridad para que nuestro ejército persiguiera al enemigo, describiendo las reglas de enfrentamiento restrictivas como una señal de que “no estábamos tomando la guerra en serio”».

Tal como afirmó el general Mattis (2019), exministro de defensa estadounidense, «si una democracia no confía en sus tropas, entonces no debería ir a la guerra». Esta es la cuestión que debería resolver toda sociedad antes de embarcarse en la resolución militar de conflictos: la presión mediática y política para intervenir en genocidios y guerras civiles extranjeras contrasta con la elevada intolerancia ciudadana a las pérdidas humanas propias, lo que motiva una suerte de «intervención proforma», donde los objetivos declarados no van acompañados de los recursos necesarios para lograrlos.

3 «Neoaislacionismo» estadounidense: la «desmilitarización» de las democracias posmodernas

El fenómeno de la «desmilitarización» descrito anteriormente quizá encuentre su expresión más evidente en el «neoaislacionismo» estadounidense. Esta tendencia, particularmente visible bajo la nueva administración Trump, refleja las limitaciones estructurales que experimentan las democracias avanzadas para sostener compromisos militares globales frente a demandas sociales domésticas. El electorado estadounidense que ha votado al actual presidente, compuesto mayoritariamente por una clase trabajadora no universitaria del *Rust Belt* y de áreas rurales, prioriza la protección económica, el fortalecimiento de la identidad nacional y un pragmatismo en política exterior que genere beneficios tangibles para el país (Ruffini, 2023)⁸. En este contexto, la promesa de Trump de acabar con las «guerras interminables» –como las de Irak y Afganistán– y retirar tropas estadounidenses de escenarios de conflicto ha sido central en su discurso y responde al cansancio de su base electoral respecto a los prolongados compromisos militares en el extranjero⁹.

8 Véase: Ruffini, P. (2023). *Party of the people: inside the multiracial populist coalition remaking the GOP*. Simon & Schuster. El *Rust Belt* es una región del noreste y medio oeste de EE. UU., marcada por su pasado industrial y un declive económico tras la desindustrialización. En las elecciones de 2024, Donald Trump ganó en los estados clave del *Rust Belt*: Pensilvania (con su capital económica Filadelfia), Michigan (Detroit) y Wisconsin (Milwaukee).

9 De hecho, durante su primer mandato, la Administración Trump supervisó la retirada de tropas de Siria, Irak, Somalia y Afganistán, y firmó el Acuerdo de Doha con los talibanes para una retirada total condicional de Afganistán, que posteriormente culminó Biden.

En este marco de retracción, dos factores parecen emerger como definitorios del nuevo paradigma de desmilitarización posmoderna estadounidense: la soberanía energética, fundamento de una autonomía estratégica sin precedentes, y la presión de una factura social cada vez mayor, que compite directamente con el gasto militar por recursos presupuestarios limitados.

3.1 Autosuficiencia energética: pilar del neoaislacionismo

La transformación energética estadounidense representa uno de los cambios geopolíticos más significativos del siglo XXI y constituye el principal soporte material de su neoaislacionismo. En 2018, Estados Unidos se convirtió en el mayor productor mundial de petróleo, culminando una evolución que llevó su generación de crudo de 6,5 millones de barriles diarios en 2012 a un récord de 13,4 millones en agosto de 2024 (EIA, 2024a). Paralelamente, la extracción de gas natural se disparó de 66 mil millones de pies cúbicos diarios en 2012 a 103,6 mil millones en 2023 (EIA, 2024b).

Esta revolución energética no solo ha blindado a Estados Unidos frente a las tradicionales vulnerabilidades del mercado global, sino que ha redefinido fundamentalmente su posición internacional, permitiéndole contemplar un repliegue estratégico impensable en épocas anteriores. Como señala O'Sullivan (2017), esta nueva realidad configura un escenario geopolítico con «una Rusia más petulante que poderosa» y una China menos antagonista al orden internacional porque no se vería obligada a controlar recursos vitales para su economía.

Lejos queda, pues, la tensión entre aliados europeos de la OTAN con la Administración Reagan durante la Guerra Fría, con un escenario muy similar por la construcción del gasoducto transiberiano: sanciones a la antigua URSS por la ley marcial en Polonia, que Alemania y Francia no secundaron; intento de retrasar la construcción del gasoducto, y fomento del desarrollo de alternativas en el mar del Norte y Noruega (Department of State, 1982). La actual autosuficiencia energética estadounidense, en cambio, ha mantenido al bloque atlantista cohesionado frente a Rusia, en buena medida por la rebaja del coste de los carburantes¹⁰, un escenario inimaginable en la Guerra Fría. Europa, por geografía, seguirá dependiendo del suministro de gas ruso, pero la abundancia global creada por EE. UU. limitará su uso como arma diplomática, por lo que la OTAN sería menos vulnerable en esta neo Guerra Fría que en la anterior, demostrando cómo la desmilitarización no necesariamente implica un debilitamiento de la seguridad colectiva cuando está respaldada por fortalezas económicas complementarias¹¹.

¹⁰ El precio del Brent promedió 83 dólares por barril durante todo el año 2023, en comparación con los 101 dólares de 2022. A mediados de febrero de 2024, el precio del Brent era de 85 dólares por barril, similar al precio medio de todo el año 2023 y bastante inferior a los 101 dólares de 2022.

¹¹ En 2023 EE. UU. produjo casi el 50 % del gas natural licuado importado por Europa, seguido por Qatar (14 %) y Rusia (13 %), cuando en 2021 había sido del 27 % (Zaretskaya, 2024). Las importaciones europeas desde Rusia cayeron de 150 mil millones de metros cúbicos en 2021 a menos de 43 en 2023

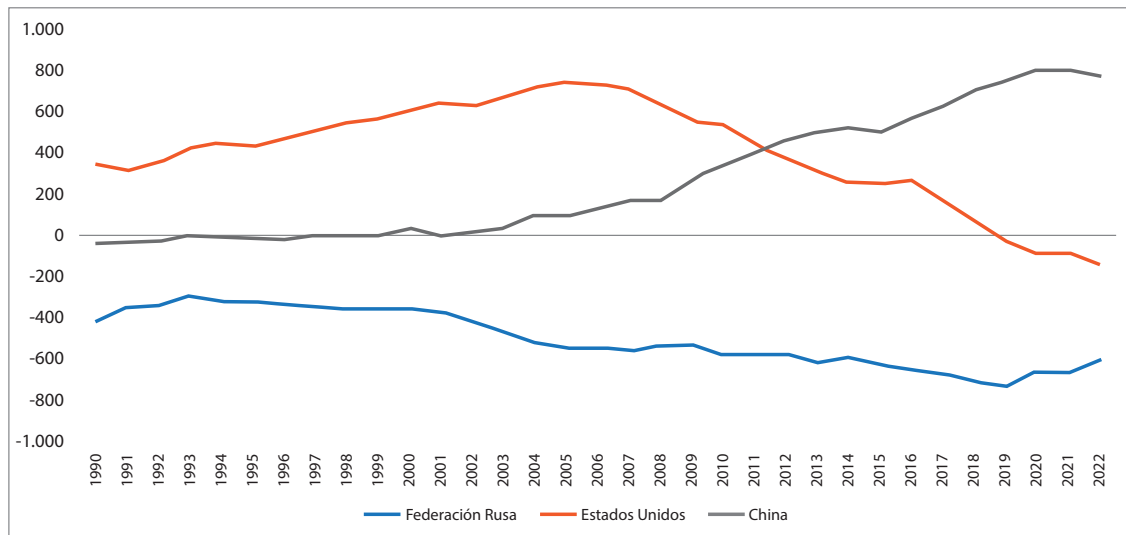


Gráfico 2. Balanza de pagos energética. Fuente: Enerdata (2024)

Esta nueva posición energética estadounidense ha eliminado la necesidad estratégica de controlar regiones como el Mediterráneo para asegurar el acceso a los recursos de Oriente Medio, uno de los motivos históricos fundamentales para la integración de Italia, Grecia y Turquía en la OTAN (Department of State, 1951). Asimismo, ha permitido a Washington prescindir de relaciones privilegiadas con actores como Arabia Saudí, anteriormente cruciales para estabilizar los precios del petróleo en momentos de crisis. Es más, los tradicionales aliados del golfo Pérsico podrían ver ahora a Washington como rival porque es el mayor productor del mundo y porque ha dejado de ser su principal cliente, que actualmente es China y, con el tiempo, quizá también la India.

La soberanía energética representa así el soporte material del neoaislacionismo, proporcionando a Washington la capacidad inédita de reconsiderar sus compromisos globales y desarrollar una política exterior más selectiva y menos intervencionista. Este repliegue, lejos de ser un signo de decadencia, reflejaría la adaptación estratégica de una democracia posmoderna que prioriza la eficiencia en el uso de sus recursos presupuestarios frente a compromisos indiscriminados.

3.2 *Factura (y fractura) social: ¿defensa contra bienestar?*

El neoaislacionismo estadounidense puede explicarse también en gran medida por una tensión estructural cada vez más visible: la creciente presión que ejerce el gasto social sobre los recursos públicos, limitando drásticamente la capacidad de movilización para fines militares. Esta transformación fundamental, característica de las democracias posmodernas, representa un cambio de paradigma que el ministro estadounidense Eagleburger (1993)

gracias a EE. UU. y a Noruega, ambos estados-miembros de la OTAN, que compensaron las caídas y redujeron la dependencia de las importaciones rusas. En consecuencia, la autonomía energética estadounidense ha blindado a Europa de los posibles impactos de una escasez global de materias clave para economías como Francia, España o Países Bajos, los principales importadores comunitarios.

anticipó con claridad: «Durante la Guerra Fría fue relativamente fácil justificar los gastos de seguridad nacional y generar apoyo para una participación estadounidense sostenida en el extranjero. Es infinitamente más difícil ahora».

Las cifras presupuestarias revelan esta transformación de manera contundente. Como refleja el gráfico 3, en 1962, Estados Unidos destinaba el 9 % de su PIB a defensa, mientras que en 2024 esta proporción se redujo al 3 %, una caída de dos tercios en términos relativos. Esta disminución no ha sido casual sino el resultado de un desplazamiento de prioridades hacia el gasto social. Las partidas de Seguridad Social se han duplicado hasta alcanzar el 5 % del PIB, Medicare representa ahora un 3,8 % del PIB y Medicaid suma un 2,3 % del PIB¹². Estos tres programas, que apenas existían en la década de 1960, suman actualmente 2980 mil millones de dólares, cuadruplicando el presupuesto de defensa (Oficina Presupuestaria del Congreso Estadounidense, 2024).

Este dilema estructural entre «armas o mantequilla» representa la esencia misma de la desmilitarización posmoderna: los ciudadanos de sociedades democráticas avanzadas priorizan crecientemente la inversión en bienestar social frente a proyectos militares¹³. Esta tendencia genera presiones políticas insoslayables para reducir el gasto en defensa, un fenómeno que el presidente Eisenhower (1953) anticipó con notable clarividencia: «cada arma fabricada, cada buque de guerra botado, cada cohete disparado, significan, en última instancia, un robo a quienes tienen hambre y no están alimentados, a quienes tienen frío y no están vestidos».

La urgencia de esta reorientación presupuestaria se evidencia al analizar las carencias sociales de Estados Unidos: pese a ser la mayor economía mundial, el país presenta indicadores preocupantes como una tasa de mortalidad infantil de 5,6 muertes por cada 1000 nacidos vivos –muy superior a la de España (3,0)– y profundas desigualdades, ya que la mortalidad de bebés afroamericanos (10,9) duplica la de los blancos (4,5) y supera ampliamente la de hispanos (4,8) y asiáticos (3,5);¹⁴ además, la tasa varía de 8,9 en Mississippi a 3,1 en Vermont¹⁵, lo que subraya la presión interna para destinar más recursos a necesidades sociales en lugar de al gasto militar.

En este contexto de tensiones presupuestarias, la OTAN recobra un nuevo significado estratégico: no solo como alianza militar, sino como mecanismo para gestionar la inevitable desmilitarización de las democracias avanzadas. Al distribuir las cargas defensivas entre

¹² Medicare es un seguro de salud federal para personas de 65 años o más y para algunas personas menores de 65 con ciertas discapacidades o condiciones, mientras que Medicaid es un programa conjunto federal y estatal que ayuda a cubrir los costos médicos de personas con ingresos y recursos limitados. Véase: <https://www.hhs.gov/answers/medicare-and-medicaid/what-is-the-difference-between-medicare-medicaid/index.html>

¹³ El dilema «armas o mantequilla» (*guns or butter*) es un concepto económico para ilustrar la elección a la que se enfrentan los Gobiernos entre gastar en defensa nacional o en alimentos en época de contiendas; tiene su origen en el debate sobre el uso de nitrato como fertilizante o como pólvora durante la I Guerra Mundial. Para un análisis español: Jurado-Sánchez, J., y Jiménez-Martín, J. A. (2019)

¹⁴ Véase: Centers for Disease Control and Prevention. (2024). *Infant Mortality in the United States, 2022*. National Vital Statistics Reports, 73(5), pp. 1-28.

¹⁵ Véase: Ely, D.M., Driscoll, A.K. (2024).

múltiples actores y generar economías de escala, esta estructura permite liberar recursos para fines sociales sin comprometer la seguridad colectiva. Sin la Alianza, el gasto militar de cada Estado miembro sería más elevado, seguramente a costa de sus partidas destinadas a educación, sanidad o pensiones¹⁶.

Sin embargo, la sostenibilidad de este modelo depende críticamente de un reparto equitativo de responsabilidades que, hasta el momento, no se ha materializado plenamente. Estados Unidos sigue asumiendo el 68 % del gasto total de la alianza en 2023, una proporción insostenible a largo plazo considerando sus crecientes compromisos sociales internos.

Por ello, para justificar una redistribución de cargas en el espacio atlántico, parece esencial transformar la narrativa social sobre la OTAN, presentándola no solo como un instrumento militar, sino también como un pilar indirecto del estado del bienestar europeo. Al distribuir los costes de la defensa colectiva entre los Estados miembro, se pueden lograr ahorros domésticos significativos sin incrementar la carga impositiva¹⁷.

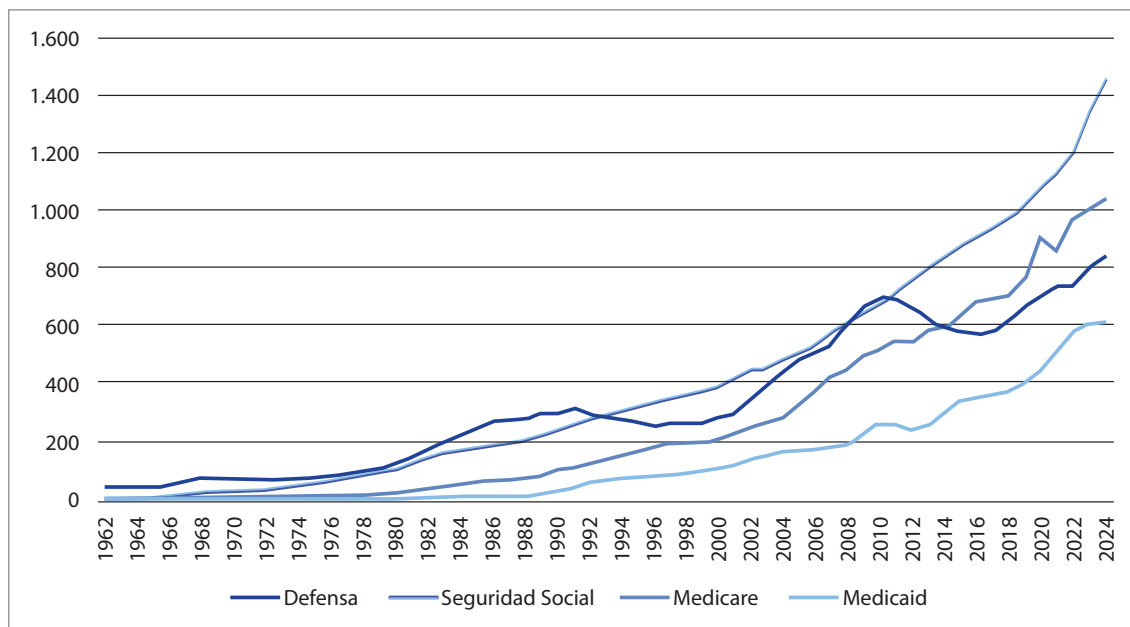


Gráfico 3. Gastos militares y sociales estadounidenses. Fuente: Congressional Budget Office (2024)

La necesidad de este reequilibrio de responsabilidades se refleja cada vez más en el discurso político estadounidense. Burns (2019), exdirector de la CIA con Biden, defendió: «un enfoque más profundo de Estados Unidos en Asia hace que la asociación transatlántica sea más, no menos, significativa. Implica una nueva división estratégica del trabajo con nuestros aliados europeos, donde asumen aún más responsabilidad por el orden en su continente». Esta visión encuentra eco también en Mattis (2019), exministro de defensa con Trump: «la OTAN no puede mantenerse unida si el reparto de cargas sigue siendo tan

¹⁶ Como sucediera en Grecia durante la crisis financiera de 2008, cuando los ajustes sociales fueron mayores que los del gasto en defensa. Gabellini, G. (2016). Grecia, crónica de un desastre anunciado. *Perspectivas*. Enero/junio.

¹⁷ Por este motivo, Coffey, L. (2024) propuso que los ministros de Hacienda de los Estados miembros de la OTAN tuvieran reuniones periódicas.

desigual. Los europeos no pueden esperar que los estadounidenses se preocupen más por su futuro que ellos». Ambas perspectivas, provenientes de altos funcionarios con diferentes orientaciones políticas, subrayan la naturaleza estructural y no meramente coyuntural de este cambio de enfoque.

A la vista de esta situación, el neoaislacionismo estadounidense representaría no una anomalía temporal sino la manifestación más visible de una transformación estructural en las democracias posmodernas, que afrontan crecientes dificultades para movilizar recursos hacia fines militares frente a demandas sociales internas. La autosuficiencia energética ha otorgado a Estados Unidos mayor margen de maniobra para reconsiderar el alcance de sus compromisos globales, mientras que la presión del gasto social impulsa la búsqueda de fórmulas más colaborativas y selectivas en su política exterior, en detrimento del tradicional liderazgo militar unilateral. Este proceso, más que una confirmación inequívoca de una *Weltanschauung* multipolar, refleja la adaptación de Washington a un entorno internacional caracterizado por la competencia entre potencias y la necesidad de alianzas, sin que ello implique necesariamente la renuncia a su papel dominante, pero sí una redefinición de sus prioridades y métodos de liderazgo¹⁸.

4 El revisionismo ruso como manifestación del «neoimperialismo» posmoderno

El revisionismo ruso representa uno de los fenómenos geopolíticos más complejos y determinantes del siglo XXI. Surgido de las cenizas del colapso soviético, este movimiento ha transitado desde un debate ideológico interno hasta consolidarse como un proyecto imperial con características posmodernas, que desafía el orden internacional establecido tras la Guerra Fría. La transformación de Rusia, desde un país en plena crisis de identidad hasta convertirse en un actor que reivindica su espacio como potencia global, revela las profundas contradicciones de un mundo donde las narrativas tradicionales sobre imperialismo se entremezclan con nuevas formas de proyección de poder y nostalgia histórica.

4.1 La evolución del revisionismo ruso: del debate ideológico al «neoimperio» posmoderno

En el panorama geopolítico actual, la OTAN afronta su mayor desafío en la agresividad militar rusa, evidenciada desde la intervención en Georgia (2008) y extendida a Siria

¹⁸ Cabe considerar que el modelo de colaboración que Washington finalmente impulse podría acercarse al del consorcio internacional responsable del desarrollo del F-35, con un enfoque más empresarial que institucional. Este esquema, por ejemplo, permite la exclusión de actores que no realicen contribuciones financieras significativas al proyecto o que se desmarquen geoestratégicamente como sucedió con Turquía cuando adquirió material militar ruso. Sin embargo, informes recientes destacan serios problemas en la estimación de costes asociados a estos programas, lo que parece ser un problema recurrente en este tipo de iniciativas militares (GAO, 2024).

(desde 2015), Kazajistán (2022) y Ucrania (2014 y desde 2022). Este fenómeno refleja una manifestación posmoderna paradójica: mientras Occidente abraza el relativismo y la deconstrucción de narrativas establecidas, Rusia ha transitado una senda antitética, revitalizando sus valores tradicionales y ambiciones imperiales frente al bloque atlantista¹⁹. El vacío identitario tras el colapso soviético propició una profunda crisis nacional que derivó en un sentimiento de nostalgia imperial, fertilizando el terreno para el actual neoimperialismo ruso.

Esta nostalgia posmoderna, sin embargo, no emergió sin contestación dentro del propio pensamiento político ruso. Durante la década de 1990 y principios de los 2000, se desarrollaron principalmente dos corrientes de pensamiento claramente enfrentadas respecto al futuro de Rusia y su posición en el mundo, representadas no por simples teóricos sino por figuras que ocuparon altas esferas del poder y tuvieron el destino del país en sus manos.

Por un lado, la corriente ideológica, representada por figuras como Aleksandr Dugin o Yevgeny Primakov (quien fuera ministro de Asuntos Exteriores y primer ministro), abogaba por una reafirmación de la soberanía imperial rusa a través de una política exterior autónoma y la consolidación de una esfera de influencia en el espacio postsoviético. Por otro lado, la corriente economicista, más pragmática, encabezada por Yegor Gaidar (exministro de Economía y Finanzas y ex primer ministro interino) y Andrei Kovalev (destacado diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores), defendía la integración de Rusia en las estructuras económicas globales y la adopción de reformas liberales orientadas al mercado.

Gaidar, desde su experiencia como arquitecto de las reformas económicas rusas y su análisis empírico e institucional, sostenía que el sistema soviético colapsó por ineficiencias estructurales en la planificación centralizada, la incapacidad para adaptarse al cambio tecnológico y la dependencia crítica de las exportaciones de petróleo. Consideraba que la única solución viable para el futuro de Rusia era la reforma económica liberal y la integración en los mercados globales. Como principal responsable de la «terapia de choque» en los años noventa, defendió que transformar Rusia en una economía de mercado moderna era el único camino hacia la estabilidad y la prosperidad, a pesar de los costos sociales y la fuerte oposición política que estas reformas generaron (Gaidar, 2007).

En contraste, Dugin (1997), cuya influencia se extendió a los círculos militares y al entorno de Putin, ofreció una interpretación geopolítica y civilizacional del colapso soviético, situándolo en el marco de una lucha histórica entre el «poder terrestre» (Eurasia) y el «poder marítimo» (Atlantismo). Según él, la desintegración de la URSS no fue un fracaso sistémico inevitable, sino un desmantelamiento geopolítico orquestado por Occidente. Primakov (2004), por su parte, aunque menos radical que Dugin, adoptó sus

19 Por ejemplo, Dugin (1997) «El destino de los rusos y su grandioso futuro no depende hoy de cuántos rusos estén fuera de la Federación Rusa, ni de cuál sea nuestra situación política o económica en este momento, sino de si tendremos suficientes armas para defender nuestra independencia militarmente contra el único y natural 'enemigo potencial' de Rusia: Estados Unidos y el bloque del Atlántico Norte».

ideas como ministro de Exteriores y posteriormente como primer ministro para calificar las intervenciones militares occidentales en la antigua Yugoslavia como «unilateralismo de la OTAN bajo liderazgo estadounidense» y defendió una política exterior multipolar que contrapesara la hegemonía americana.

La severa crisis financiera de 1998, que estalló precisamente durante el mandato de Primakov como primer ministro, provocada por la caída de los precios del petróleo y la acumulación de deuda externa, resultó ser el punto de inflexión que inclinó definitivamente la balanza hacia las tesis de Dugin. Como afirma Gilman (2010), representante del FMI en Rusia durante la crisis: «comprender el impago de 1998 es fundamental para apreciar la antipatía que aún sienten la mayoría de los rusos hacia la década de 1990 y el consuelo que han encontrado desde que Vladimir Putin y posteriormente Dmitry Medvedev llegaron al poder». El fracaso percibido de las reformas económicas liberales de Gaidar, junto con el impacto traumático de la intervención del FMI, desacreditó profundamente la visión economicista y pragmática, consolidando en la sociedad rusa una visión revisionista que anhelaba recuperar el estatus perdido como superpotencia.

Esta dinámica ha cristalizado en lo que Lo (2015) denomina «imperio posmoderno», donde, sin buscar la reconstrucción territorial directa de la URSS, el Kremlin persigue una hegemonía estratégica, económica y normativa sobre la Eurasia postsoviética ejerciendo influencia sin las cargas administrativas del imperio clásico. Este enfoque dual refleja el triunfo de la *Weltanschauung* de Dugin y Primakov adaptada a las realidades contemporáneas, reafirmando la posición de Rusia como potencia influyente, frecuentemente a expensas de las normas internacionales y la estabilidad regional. Según Kovalev (2017), desde su experiencia diplomática, el paradigma de relaciones internacionales ideal para Moscú serían los acuerdos Yalta-Potsdam, donde las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial delimitaron sus zonas de influencia, se arrogaron el monopolio de las armas nucleares y el derecho a vetar decisiones consensuadas en la ONU. Esta visión nostálgica de un orden mundial donde Rusia ocupaba un lugar privilegiado contrastaba con el modelo que siguió a la Guerra Fría, la *Pax Americana* unilateral, que buscó generalizar los valores democráticos en la arena internacional²⁰.

4.2 Las tensiones geopolíticas y el futuro del neoimperialismo ruso

Esta emergencia del revisionismo ruso como expresión de un neoimperialismo posmoderno ha generado inevitables tensiones con Occidente, cuyas raíces pueden identificarse en tres causas principales. En primer lugar, la persistencia del legado de la

²⁰ El concepto de *Pax Americana Unipolar* se refiere a un periodo de dominio global de los Estados Unidos tras el fin de la Guerra Fría en 1991 caracterizado por la hegemonía militar, económica y cultural de EE. UU. Los principales defensores de esta idea incluyen a Paul Wolfowitz, quien abogó por la primacía de EE. UU. para prevenir el ascenso de potencias rivales, y a Madeleine Albright, quien promovió el liderazgo estadounidense en el mantenimiento de instituciones internacionales y la difusión de valores liberales.

Guerra Fría: EE. UU. se había apoyado en el islamismo en su enfrentamiento ideológico contra el comunismo ateo, lo que evidenciaba que las viejas alianzas y recelos seguían condicionando la relación bilateral y obstaculizaban una normalización plena. En segundo lugar, la competencia geopolítica y la disputa sobre las zonas de influencia: la propuesta de integrar a Rusia en la OTAN nunca se materializó, en parte porque Washington había recurrido a China para debilitar a la URSS, aprovechando las desavenencias entre Mao y Stalin. Como reconoció Stent (2019), asesora de Clinton: «la política de puertas abiertas de la OTAN significaba que, en teoría, Rusia era elegible para unirse, aunque eso podría haber planteado dudas sobre si la OTAN estaba lista para salir en defensa de Rusia en un posible conflicto con China». De hecho, el propio Primakov (2004) reconoce en sus memorias que varios estadistas europeos le habían comentado que «era absolutamente inapropiado dar a Rusia garantías contra cualquier amenaza procedente de Asia. Si Rusia se uniera a la OTAN, tales garantías serían necesarias». Finalmente, una tercera causa podría ser el temor a una bicefalia en el liderazgo dentro de una OTAN con Rusia integrada, tal y como señaló también Primakov (2004): «¿y entonces qué? ¿Se formarían dos centros en la OTAN, Estados Unidos y Rusia?».

Estas tensiones fundamentales se vieron agravadas a su vez por las sucesivas ampliaciones de la OTAN hacia el este, que parecieron obedecer más a un impulso político que técnico, careciendo del necesario respaldo diplomático y militar. Según la exministra estadounidense Madeleine Albright (2020), de origen checo, la Alianza debía expandirse sin necesidad del consentimiento ruso: «la teoría, aparentemente, es que la recompensa de Rusia por perder la Guerra Fría debería haber sido un veto sobre las decisiones de la alianza». Sin embargo, esta posición no contaba con un consenso diplomático sólido dentro del propio establecimiento occidental. Burns (2019), entonces embajador estadounidense en Moscú y posterior director de la CIA con el presidente Biden, manifestó importantes reservas: «me pareció que la expansión de la OTAN era, en el mejor de los casos, prematura y, en el peor, innecesariamente provocativa». Desde la perspectiva rusa, el general Dvorkin (2008) anticipó las consecuencias divisorias de esta política: «el proceso de adhesión a la OTAN es un proceso de democratización que conducirá a un cisma civilizatorio entre Rusia y sus vecinos, si estos se incorporan al bloque atlántico».

La ausencia de un análisis técnico-militar adecuado quedó especialmente evidenciada en los posteriores intentos de incorporar a Georgia y Ucrania. Gates (2014), exsecretario de Defensa estadounidense, calificó estas iniciativas como una imprudencia estratégica:

«Intentar incorporar a Georgia y Ucrania a la OTAN fue verdaderamente exagerado. [...] ¿Estaban los europeos, mucho menos los estadounidenses, dispuestos a enviar a sus hijos e hijas para defender Ucrania o Georgia? Difícilmente. Por lo tanto, la expansión de la OTAN fue un acto político, no un compromiso militar cuidadosamente considerado, lo que socava el propósito de la alianza e ignora imprudentemente lo que los rusos consideraban sus propios intereses nacionales vitales».

Otro factor que contribuyó al deterioro de las relaciones entre Rusia y Occidente fue el despliegue del escudo antimisiles en Europa. Aunque inicialmente EE. UU. consideró necesaria la defensa de la Alianza frente a las amenazas iraní y siria, antiguos miembros del

Pacto de Varsovia, como Polonia, justificaron el despliegue por motivaciones puramente domésticas, argumentando que proporcionaba garantías de defensa suplementarias ante una posible amenaza rusa, no iraní o siria, más allá del compromiso genérico del artículo V del Tratado de Washington. Para evitar mayor antagonismo ruso-estadounidense, el ministro Gates condicionó el despliegue de los misiles en Europa al avance del proyecto balístico iraní, quizá confiando en que Moscú pudiera mediar ante Teherán, su aliado. Lamentablemente no se logró el objetivo y actualmente Irán continúa avanzando en sus capacidades balísticas, mientras que sistemas estadounidenses como el Aegis Ashore permanecen operativos a pesar de las objeciones rusas²¹.

«Todas estas dinámicas geopolíticas son las que habrían contribuido a consolidar un revisionismo ruso como expresión neoimperialista posmoderna. Esta creciente asertividad rusa, manifestada en la invasión de Ucrania, parece ratificar, además, el postulado clásico de Bouthoul (1967) de que «la guerra es el lujo de las naciones ricas y poderosas», pues solamente tras afianzarse socioeconómicamente ha sido cuando Moscú se ha sentido fuerte para iniciar una conflagración. Esta visión tradicional la suscriben a su vez algunos intelectuales rusos contemporáneos como Karaganov (2025):

«Rusia ha vuelto hacia sí misma, ha regresado –por necesidad, pero también como resultado de haber reunido finalmente la voluntad necesaria– a su estado tradicional de guerra contra invasores externos. Así, finalmente ha comenzado a crecer económica y tecnológicamente mediante la sustitución de importaciones. Este es el camino hacia el desarrollo soberano y hacia la libertad de la nación para elegir su propio rumbo».

No obstante, existe un factor limitante crucial para estas ambiciones neoimperiales rusas: la crisis demográfica. De hecho, la guerra en Ucrania previsiblemente perjudicará a una población ya muy afectada por la alta mortalidad y el envejecimiento. Pese al aumento de la tasa de natalidad de 1,16 hijos por mujer en 1999 a 1,8 en 2016, gracias a la bonanza económica, Rusia pierde habitantes desde 2018, tendencia agravada por la pandemia y la guerra, lo que obligaría a adoptar una estrategia militar basada en minimizar pérdidas humanas y no tanto en maximizar su poder territorial, una *stratégie de l'homme rare*, según Todd (2024), que confirmaría la probabilidad de un uso táctico de armas nucleares en caso de amenaza, y dibujaría un escenario bélico de unos cinco años máximo, cuando los efectos de la efímera eclosión demográfica se disiparían y sería todavía más difícil reclutar soldados (Druyan Feldman y Mil-Man, 2023).

Como apunta Balzer (2024), quizá «Putin comprendió que los desafíos económicos y demográficos de Rusia significan que el país no estará en una condición más favorable en ningún momento de las próximas décadas». De cumplirse esta hipótesis, el neoimperialismo ruso, alimentado por una nostalgia imperial posmoderna, podría tener

21 Aegis Ashore utiliza un radar avanzado para detectar y rastrear misiles entrantes y lanzar misiles interceptores antes de que puedan alcanzar sus objetivos. Basado en tecnología originalmente para navíos, ha sido adaptada para su uso en tierra. Los dos principales emplazamientos europeos se encuentran en Deveselu, Rumanía, y Redzikowo, Polonia. Ambos trabajan coordinadamente con radares en Turquía, para proporcionar información de alerta temprana y seguimiento.

una fecha de caducidad próxima, determinada no por la ideología sino por la cruda realidad demográfica²².

5 La OTAN ante la multipolaridad como visión posmoderna del escenario geopolítico

La multipolaridad actual contrasta con la estructura bipolar de la Guerra Fría, con tres potencias nucleares —EE. UU., China y Rusia— dominando el Consejo de Seguridad de la ONU (Congreso Estadounidense, 2023). Esta *Weltanschauung*, impulsada, entre otros, por Primakov (2004) cuando fuera primer ministro ruso, puede entenderse como una construcción conceptual posmoderna que interpreta el orden internacional en transición hacia un sistema fragmentado donde estas tres potencias buscan equilibrar el poder global.

Desde finales del siglo xx, esta narrativa multipolar ha ganado solidez tanto en Moscú como en Pekín, constituyendo una respuesta estratégica a la política estadounidense de promoción democrática global y sus intervenciones en conflictos internos de terceros países (Rwanda, antigua Yugoslavia), que, según esta perspectiva, socavan principios fundamentales como la estabilidad internacional y la soberanía nacional. La guerra en Ucrania ha reforzado esta visión, al revelar el desequilibrio militar europeo y la importancia decisiva de medios convencionales como misiles y municiones de bajo coste. Como señalan Kashin y Sushentsov (2024), este conflicto ha demostrado la crucial importancia de la producción masiva de municiones y misiles no teledirigidos en las guerras convencionales contemporáneas²³.

En este contexto, la estructura productiva de las potencias europeas, con más de tres cuartas partes de su PIB concentrado en el sector servicios, revela una vulnerabilidad estratégica que alimenta el discurso multipolar. Estas economías, aunque estadísticamente robustas, están configuradas para prosperar en un entorno de globalización pacífica, no en un escenario de confrontación militar. Esta realidad limita considerablemente su capacidad, especialmente a corto plazo, para traducir su poderío económico en fuerza militar efectiva, particularmente en conflictos que no representan amenazas existenciales. Esta debilidad

22 No obstante, según el almirante Stavridis (2014), ex alto mando aliado, el resentimiento ruso hacia Occidente tendría visos estructurales por la percepción de sus dirigentes de jugar con una «mala mano» en el tablero geopolítico: crisis demográfica, amenazas terroristas islámicas, presión demográfica china y la necesidad de mantener un vasto arsenal nuclear con una economía altamente dependiente del petróleo. En consecuencia, el antagonismo ruso-occidental podría persistir durante décadas.

23 «El conflicto de Ucrania ha demostrado una vez más la sabiduría de las palabras de Friedrich Engels de que “la guerra se convirtió en una rama de la gran industria” (1968). Pero Occidente parece haber olvidado esta perogrullada, habiendo trasladado su producción a países con mano de obra más barata. Esto, a su vez, llevó a una paradoja cuando una coalición de 50 países que abastecían a Ucrania no podía igualar a Rusia en términos de suministro de proyectiles de artillería para el frente». Kashin, V.B. y Sushentsov, A. A. (2024).

estructural europea refuerza la narrativa promovida por Moscú y Pekín sobre un mundo donde el poder está distribuido entre potencias con diferentes fortalezas, alejándose del modelo de hegemonía occidental que predominó tras la Guerra Fría. Sin embargo, como advierte Aznar, esta multipolaridad emergente «no es per se un orden necesariamente más pacífico ni [...] un producto estable», sino que acentuaría la conflictividad global (Aznar Fernández-Montesinos, 2025).

Este condicionante, en cambio, no concurre en el caso estadounidense, pues, pese a ser una economía claramente especializada en servicios, alberga a las cinco mayores empresas de defensa mundiales²⁴. Es más, como revela el gráfico 4, parece existir un abrumador liderazgo estadounidense en gasto militar mundial, con 916 mil millones de dólares en 2023, equivalente al presupuesto combinado de los ocho países siguientes en la clasificación: China (296), Rusia (109), India (83), Arabia Saudí (76), Reino Unido (75), Alemania (66), Ucrania (64) y Francia (61). (SIPRI, 2024).

Además, Estados Unidos mantiene una superioridad indiscutible en la proyección de poder naval global gracias a sus once portaaviones de propulsión nuclear en servicio activo (diez de la clase Nimitz y uno de la clase Gerald R. Ford), una capacidad que ninguna otra potencia iguala: China solo dispone de tres portaaviones convencionales (Liaoning, Shandong y Fujian) y Rusia apenas uno, actualmente fuera de servicio por reparaciones (Almirante Kuznetsov) (IISS, 2024). Esta diferencia es fundamental, ya que los portaaviones nucleares estadounidenses pueden operar en cualquier océano durante largos periodos sin apoyo logístico frecuente, lo que les otorga una autonomía y alcance global inalcanzables para sus rivales²⁵.

Análogamente, la red de bases militares en el extranjero reforzaría todavía más esta hegemonía unipolar. Estados Unidos mantiene más de 750 bases distribuidas en más de 80 países, una cifra incomparable frente a las 21 bases rusas y apenas 2 instalaciones chinas en el exterior (Djibouti y Camboya). Esta infraestructura permite una capacidad de intervención rápida, logística robusta y disuasión permanente que no tiene parangón en el resto del sistema internacional (Congressional Research Service, 2024, y Rogozińska y Ksawery, 2020).

En consecuencia, este abrumador diferencial apuntaría a una hegemonía estructural estadounidense que contravendría una supuesta multipolaridad, revelándola como una construcción posmoderna que desdibujaría las jerarquías de poder reales. En todo caso el sistema actual se aproximaría más a una bipolaridad difusa, equiparable al de la Guerra Fría, donde el poderío económico chino podría estar eclipsando un verdadero resurgimiento ruso, como confirmaría la guerra en Ucrania (Castelltort Claramunt, 2023). En este contexto, la OTAN actuaría como una extensión del poder militar estadounidense y como un mecanismo de contención frente a Rusia y China.

24 Lockheed Martin, Boeing, Northrop Grumman, Raytheon Technologies y General Dynamics. SIPRI (2023).

25 Como reconocía Dugin (1997): «La Armada rusa debería convertirse en el punto de partida para un gigantesco sistema de puertos estratégicos tanto en el sur como en el oeste... Los portaaviones y los submarinos de propulsión nuclear son de suma importancia en esto».

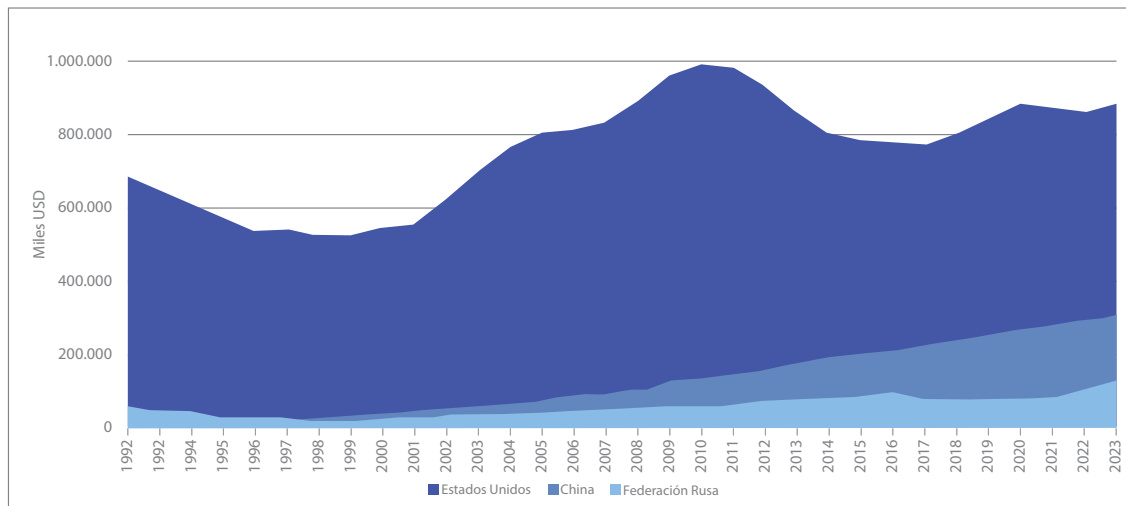


Gráfico 4. Gasto militar anual. EE. UU., China y Rusia. Fuente: SIPRI (2024)

Desde el plano teórico, esta disputa sobre la multipolaridad tiene implicaciones estratégicas: en la clásica visión de Kaplan (1957), basada en la física, el equilibrio de poderes sería estable y pacífico, por lo que la invasión de Ucrania supondría una disrupción que debería ser compensada con una respuesta internacional, incluidas las sanciones y el apoyo militar; se trata, pues, de una visión racionalista del conflicto y sus agentes. En cambio, para Bouthoul (1951), fundador de la polemología, por su formación sociológica, la multipolaridad sería inherentemente inestable, con una compleja maraña de rivalidades, perspectiva recientemente también defendida por Moreno Vílchez (2024).

La guerra en Ucrania, como se analizó anteriormente, parece fruto de estas tensiones posmodernas, con una agresividad moscovita motivada por la expansión oriental de la OTAN y otros agravios históricos; esta visión más emocional del conflicto sería más pesimista sobre el desenlace por los riesgos de escalada y de inestabilidad sistémica inherentes a un mundo multipolar (Robles, 2024). De hecho, esta contienda europea parece ratificar otro postulado clásico de Bouthoul (1967), el de pervivencia de guerras convencionales en un mundo nuclear. Precisamente esta interpretación es la que motivó la doctrina de la Respuesta Flexible de la OTAN, que escalonaba el tipo de respuesta a una agresión –convencional, nuclear táctica o nuclear estratégica–, pero fue derogada tras la Guerra Fría. Esta falta de previsión es la que denunció Everard (2022), ex Alto Comando Aliado, acusando a los Estados miembros de haber recortado capacidades necesarias para la defensa colectiva durante la *Pax Americana* unipolar.

En este contexto, abrazar la multipolaridad como paradigma operativo podría debilitar la OTAN porque supondría aceptar una ficción estratégica que desactiva el principio de defensa colectiva y debilita la cohesión atlántica. Como recuerda McMaster (2024), ciertas potencias europeas han explotado esta narrativa para justificar su bajo esfuerzo en defensa bajo el pretexto de una «autonomía estratégica» que, en la práctica, resulta injustificada:

«Al presentar a Trump como quien abandonaba Europa, Macron abogó por la “autonomía estratégica” de la UE en políticas comerciales y económicas que eludieran las tensiones geopolíticas con Rusia y China, beneficiando la economía francesa. Dado que EE. UU. no abandonaba realmente Europa,

Francia, al igual que Alemania, podía seguir ahorrando en gastos de defensa» (McMaster, 2024).

Desde esta óptica, la multipolaridad no describiría un orden equilibrado, sino que serviría como relato estratégico para erosionar el liderazgo occidental y desarticular la defensa colectiva. Como advirtió también McMaster (2024): «Putin cree que puede convencer a Trump de retirarse de Europa, Asia del Sur y Oriente Medio, para así llenar el vacío».

En definitiva, el panorama internacional actual parece evidenciar una brecha insalvable entre la teoría posmoderna de la multipolaridad y la realidad material del poder global. Pese a la retórica de equilibrio entre grandes potencias, solo Estados Unidos parece poseer hoy una capacidad efectiva de liderazgo estratégico a escala mundial mientras que China y Rusia operarían en una competencia desigual, con limitaciones estructurales que les impedirían ejercer una influencia equivalente, incluso en su periferia.

Ante esta asimetría real de poder, la OTAN no debería adaptarse a un orden multipolar inexistente, ni sostener la ficción de una autonomía estratégica europea que no parece traducirse en capacidad militar efectiva. Por el contrario, reconocer con lucidez la supremacía militar estadounidense sería una condición necesaria para garantizar una verdadera estabilidad internacional, como también que Washington asumiera que la Alianza es la principal protectora de su mayor mercado de exportación, pues «el comercio de bienes entre Estados Unidos y la Unión Europea alcanzó un récord de 976 mil millones de dólares en 2024, un 60 % más que el comercio entre Estados Unidos y China (583 mil millones de dólares) y un 20 % más que el comercio entre la Unión Europea y China (786 mil millones de dólares)» (Hamilton y Quinlan, 2025). Esta interdependencia significa que la estabilidad europea beneficia directamente a la economía y al empleo estadounidenses. Así, según Coffey (2024) «la OTAN no solo es el principal garante de seguridad de este mercado, sino también una condición para la prosperidad compartida».

En definitiva, la OTAN debería resistir la tentación de acomodarse a narrativas multipolares que no reflejen la realidad del poder global y, en su lugar, fortalecer su arquitectura de seguridad colectiva basada en el reconocimiento pragmático tanto del liderazgo estadounidense como de la interdependencia económica transatlántica que favorece a ambas partes; es decir, mantener su esencia «trumanista» de defensora del sistema democrático-capitalista.

6 Conclusiones

El 75º aniversario de la OTAN ofrece una coyuntura privilegiada para repensar su función en un mundo profundamente transformado. A lo largo de este artículo, se ha argumentado que la Alianza Atlántica ya no puede ser entendida únicamente como una organización de defensa colectiva concebida en clave bipolar, sino como una institución en transición que debe adaptarse a las condiciones estructurales, identitarias y estratégicas del orden internacional posmoderno.

Un aspecto fundamental de este nuevo panorama es la erosión de los grandes metarrelatos, propia de la posmodernidad, que ha generado una crisis de legitimación que afecta de lleno a las democracias occidentales. La OTAN, construida sobre valores democráticos y normas liberales, se enfrenta ahora al reto de operar en un entorno donde tales principios ya no gozan del consenso incuestionable del pasado. La desafección ciudadana, la fragmentación normativa y la divergencia en los estándares democráticos entre sus miembros erosionan la cohesión interna de la Alianza y socavan su legitimidad como comunidad de valores.

Paralelamente a estos desafíos, el repliegue estratégico de Estados Unidos, conceptualizado como un «neoaislacionismo» posmoderno, responde a transformaciones estructurales: la autosuficiencia energética ha reducido su exposición estratégica, mientras que las crecientes demandas sociales internas han reorientado las prioridades presupuestarias hacia el bienestar. Esta tensión entre defensa y gasto social, cada vez más pronunciada en las democracias avanzadas, ha redefinido la función de la OTAN. En este nuevo contexto, la Alianza no debe ser vista únicamente como un instrumento militar, sino también como un garante indirecto del estado del bienestar occidental, en la medida en que permite compartir responsabilidades defensivas y liberar recursos para políticas sociales esenciales como sanidad, educación o pensiones.

Agravando esta compleja situación, el revisionismo ruso, entendido como un «neoimperialismo» posmoderno, ha revelado la incapacidad del orden internacional liberal para integrar plenamente a actores que operan con lógicas geopolíticas tradicionales envueltas en narrativas de recuperación identitaria. Esta amenaza no solo es militar, sino también simbólica y normativa, y desafía la credibilidad misma del modelo occidental. La OTAN debe enfrentarse a este desafío no solo con medios de disuasión convencionales, sino también desde la recuperación de su centralidad como comunidad de principios.

Sumado a los desafíos anteriores, la multipolaridad emerge como una narrativa estratégica que, pese a su apariencia de equidad, oculta una profunda asimetría estructural. Solo Estados Unidos posee hoy una capacidad integral de liderazgo global, mientras que China y Rusia operan con limitaciones geográficas, logísticas y normativas. Aceptar sin crítica esta ficción posmoderna puede llevar a errores de cálculo estratégicos, especialmente en Europa, y debilitar la cohesión atlántica. En lugar de acomodarse a relatos equívocos, la OTAN debe reafirmar el papel de la alianza como extensión del poder estructural occidental, sin renunciar al principio de defensa colectiva como piedra angular de su existencia.

En conjunto, la OTAN se enfrenta a una redefinición ontológica y funcional. Ya no basta con garantizar la seguridad física de sus miembros frente a agresores externos. Debe convertirse también en un escudo normativo, un marco de gobernanza compartida y una infraestructura estratégica que respalde la sostenibilidad del estado del bienestar en las democracias atlánticas. Esta reinterpretación no debilita su dimensión militar, sino que la complementa con una visión integral de seguridad: una seguridad que no solo disuada amenazas convencionales, sino que también proteja los logros sociales que definen el modo de vida occidental.

En definitiva, reafirmar el compromiso con los valores fundacionales de la Alianza, reconocer el papel estructural de Estados Unidos sin caer en una dependencia pasiva, y

actualizar la arquitectura atlántica con criterios de corresponsabilidad y eficiencia son tareas imprescindibles para asegurar la viabilidad de la OTAN en el siglo XXI. Solo así podrá seguir siendo, no solo una alianza militar efectiva, sino también un pilar indispensable del orden democrático-capitalista y del estado del bienestar que ha definido a Occidente desde la posguerra.

Bibliografía

- Albright, M. (2020). *Hell and Other Destinations*. HarperCollins.
- Aznar Fernández-Montesinos, F. (2025). El gran reto geopolítico del siglo XXI: La multipolaridad desequilibrada. *Documento de Análisis IEEE* 06/2025. Instituto Español de Estudios Estratégicos.
- Balzer, H. (2024). *A Russia without Russians? Putin's disastrous demographics*. Atlantic Council [en línea]. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://www.atlanticcouncil.org/content-series/russia-tomorrow/a-russia-without-russians-putins-disastrous-demographics/>
- Bauman, Z. (2005). *Liquid Life*. Polity Press.
- Bouthoul, G. (1951). *Traité de polémologie*. Paris.
- (1967). *Sociologie de la politique*. Presses Universitaires de France.
- Burns, W. J. (2019). *The Back Channel*. Random House.
- Bush, G. W. (2010). *Decision Points*. Crown.
- Castelltort Claramunt, M. (2023). Neoguerra Fría en Asia-Pacífico y su incidencia en la península coreana. *Revista del Instituto Español de Estudios Estratégicos*, (19), 255-284 / 573.
- Childmortality (2024). Most Recent Stillbirth, Child and Adolescent Mortality Estimates [en línea]. UN IGME. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://childmortality.org/?reportType=report>
- Congreso Estadounidense (2023). *America's Strategic Posture: The Final Report of the Congressional Commission on the Strategic Posture of the United States* [en línea]. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://armedservices.house.gov/>
- Congressional Budget Office (CBO). (2024). *Atlas of Military Compensation* [en línea]. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://www.cbo.gov/system/files/2023-12/59475-Military-Compensation-Infographic.pdf>
- Congressional Research Service (2024). *U.S. Overseas Basing: Background and Issues for Congress* [en línea]. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://crsreports.congress.gov>
- Department of State. (1951). *Briefing Book Prepared in the Department of State for the Supreme Allied Commander, Europe (Eisenhower)* [en línea]. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://history.state.gov/>

- (1982). *Debrief of Under Secretary Buckley's Trip to Europe* [en línea]. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://history.state.gov/>
- Druyan Feldman, B. C. and Mil-Man, A. (2023). The War in Ukraine: Exacerbating Russia's Demographic Crisis [en línea]. *INSS Insight*, No. 1754 [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://www.inss.org.il/publication/russia-demographic/>
- Dugin, A. (1997). *The Foundations of Geopolitics: The Geopolitical Future of Russia*. Arktogeja.
- Dvorkin, V. (2008). *Pochemu rasshirenie NATO dolzhno trevozhit' voennykh professionalov* [en línea]. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://www.ej.ru/?a=note&id=7969>
- Eagleburger, L. S. (1993). *Memorandum for Secretary of State-Designate Warren Christopher* [en línea]. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://nsarchive.gwu.edu/>
- Eisenhower, D. (1953). *The Chance for Peace*. American Society of Newspaper Editors.
- Ely, D. M. and Driscoll, A. K. (2024). Infant mortality in the United States, 2022: Data from the period linked birth/infant death file. *National Vital Statistics Reports*, 73(5), pp. 1–28.
- Everard, J. (2022). Comparencia en el comité de defensa [en línea]. House of Commons. 24 de mayo. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://committees.parliament.uk/oralevidence/10334/html/>
- Gabellini, G. (2016). Grecia, crónica de un desastre anunciado. *Perspectivas*. Enero/junio.
- Gaidar, Y. (2007). *Collapse of an Empire: Lessons for Modern Russia*. Brookings Institution Press.
- GAO - U.S. Government Accountability Office (2024). *F-35 Sustainment: Costs Continue to Rise While Planned Use and Availability Have Decreased*.
- Gates, R. M. (2014). *Duty: Memoirs of a Secretary at War*. Alfred A. Knopf.
- Gilman, M. G. (2010). *No Precedent, No Plan: Inside Russia's 1998 Default*. MIT Press.
- International Institute For Strategic Studies (IISS). (2025). *The Military Balance 2025* [en línea]. Routledge [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://doi.org/10.4324/9781003630760>
- Jervis, R. (2010). Identity and the Cold War. En M. Leffler and O. Westad (Eds.), *The Cambridge History of the Cold War* (Vol. 2). Cambridge University Press.
- Kaplan, M. (1957). *System and Process in International Politics*. John Wiley & Sons.
- Karaganov, S.A. (2025). To Eurasia with Intellectual Freedom [en línea]. *Russia in Global Affairs*. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://eng.globalaffairs.ru/articles/eurasia-karaganov/>
- Kashin, V. B. and Sushentsov, A. A. (2024). Warfare in a New Epoch: The Return of Big Armies [en línea]. *Russia in Global Affairs*, 22(1), pp. 32–56. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://doi.org/10.31278/1810-6374-2024-22-1-32-56>

- Kovalev, A. (2017). *Russia's Dead End: An Insider's Testimony from Gorbachev to Putin*. Potomac Books.
- Lassalle, J. M. (2017). *Contra el populismo: Cartografía de un totalitarismo posmoderno*. Debate.
- Lo, B. (2015). *Russia and the New World Disorder*. Brookings institution press.
- Liotard, J.-F. (1979). *La condition postmoderne. Rapport sur le savoir*. Les Éditions de Minuit.
- Mattis, J. N. and West, F. J. (2019). *Call Sign Chaos: Learning to Lead*. Random House.
- McMaster, H. R. (2024). *At War With Ourselves*. HarperCollins.
- Moreno Vilchez, C. (2024). ¿Sería posible mantener un orden mundial multipolar? [en línea]. *Revista del Instituto Español de Estudios Estratégicos*, (23), 119–133 / 313. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://revista.ieee.es/article/view/6623>
- Nye, J. S. (2011). *The Future of Power*. PublicAffairs.
- O'Sullivan, M. L. (2017). *Windfall: How the New Energy Abundance Upends Global Politics and Strengthens America's Power*. Simon & Schuster.
- Pardo de Santayana, J. (2021). ¿Hay que oponerse a la desoccidentalización del mundo? [en línea]. *Documento de Análisis IEEE*, (37). [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://www.ieee.es/>
- Peyrefitte A. (1994). *C'était de Gaulle*. Vol.1. De Fallois/Fayard.
- Pew Research Center. (2024). *Partisan Divisions Over NATO and Ukraine* [en línea]. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://www.pewresearch.org>
- Posen, B. R. (2014). *Restraint: A New Foundation for U.S. Grand Strategy*. Cornell University Press.
- Primakov, Y. (2004). *Russian Crossroads: Toward the New Millennium*. Yale University Press.
- Robles, M. (2024). La amenaza de guerra es absoluta [en línea]. *La Vanguardia*. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://www.lavanguardia.com/>
- Rogozińska, A. and Ksawery Olech, A. (2020). *The Russian Federation's Military Bases Abroad*. Institute of New Europe.
- Ruffini, P. (2023). *Party of the People: Inside the Multiracial Populist Coalition Remaking the GOP*. Simon & Schuster.
- SIPRI. (2024). *Trends in World Military Expenditure 2023* [en línea]. SIPRI [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://sipri.org>
- Stavridis, J. (2014). *The accidental admiral: a sailor takes command at NATO*. Naval Institute Press.
- Stent, A. (2019). *Putin's World: Russia Against the West and With the Rest*. Hachette.
- Todd, E. (2024). *La Défaite de l'Occident*. Gallimard.

- U.S. Energy Information Administration (EIA). (2024a). *U.S. crude oil production hits record high* [en línea]. EIA. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://www.eia.gov/todayinenergy/detail.php?id=63824>
- (2024b). *Annual dry natural gas production* [en línea]. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://www.eia.gov/naturalgas/annual/>
- World Justice Project (2024). [en línea]. [Consulta: 11 de mayo de 2025]. Disponible en: <https://worldjusticeproject.org/rule-of-law-index/global>.
- Yumaguzin, V. V. and Vinnik, M. V. (2022). Forecast of Population Size and Demographic Burden in Russia up to 2100 [en línea]. *Studies on Russian Economic Development*. [Consulta: 8 de julio de 2025]. Disponible en: <https://doi.org/10.1134/S1075700722040141>

Artículo recibido: 17 de diciembre de 2024

Artículo aceptado: 22 de mayo de 2025
